

1. Las orientaciones analíticas y la problemática latinoamericana

Diez orientaciones para el análisis socio-político

En lo que sigue no debe buscarse propiamente teoría social o política, sino orientaciones teóricas y conceptuales que se han ido construyendo junto con el análisis de los fenómenos socio-políticos¹. Son, por lo tanto, provisorias, pero estrictamente necesarias para pasar de las meras opiniones e ideologías al estudio y la investigación. Más que un desarrollo profundizado y sistemático intentaremos una presentación general de ellas, indicando algunos de los principios analíticos que nos parecen relevantes para el estudio de procesos socio-políticos particulares, entre los que caben los procesos de democratización.

Primero, se trata de ir más allá de un determinismo estructural de tipo universal, en el cual las historias particulares o nacionales son la mera ilustración de leyes generales. Asimismo, se trata de superar la visión de una correlación esencialista y abstracta, definida de una vez para siempre, entre economía, política, cultura y sociedad, es decir, la idea que a un sistema económico dado corresponde necesariamente una determinada forma política o cultural o vice versa. Ello no niega que haya determinaciones entre niveles o componentes, pero se trata de un esquema flexible de determinaciones entre modelo económico, modelo político, modelo de organización social y modelo cultural.

1 Estas ideas se encuentran dispersas en diversos trabajos del autor, en especial, A new socio-historical «problématique» and sociological perspective. (En *Thesecond wind of sociology. Le deuxième souffle de la sociologie, Sociologie et Sociétés*, Volume XXX, Number 1, Spring 1998), *Hacia una nueva era política. Estudio sobre las democratizaciones* (Fondo de Cultura Económica, Santiago-México 1995) y *¿En qué sociedad vivi(re)mos? Tipos societales y desarrollo en el cambio de siglo* (en H. González y H. Schmidt, eds. *Democracia para una nueva sociedad. Modelo para armar*, Editorial Nueva Sociedad, 1997).

POLÍTICA Y SOCIEDAD ENTRE DOS ÉPOCAS

No existe una determinación o relación universal entre estas dimensiones, sino que tales determinaciones o relaciones son históricas y varían para cada caso nacional y para cada momento histórico, atravesadas además por los procesos de mundialización o globalización que, estando directa o indirectamente siempre presentes, también actúan diferenciadamente según cada contexto.

Segundo, incluso si uno se mantiene en el ámbito estructural, hay que aceptar que estamos frente a un cambio del tipo societal referencial básico de la sociedad contemporánea y latinoamericana, producto entre otras cosas de los fenómenos de globalización y de expansión de los principios de identidad y ciudadanía. Ello significa una desarticulación de lo que fue el tipo societal predominante, aunque con grados de desarrollo muy diferentes según las sociedades históricas concretas: la sociedad industrial de Estado nacional. Esta se organizaba en torno al trabajo y la política, especialmente en torno a esta última en América latina, y a procesos de cambio social definidos como modernización, industrialización y desarrollo y sus actores sociales fundamentales eran las clases, los partidos y los movimientos sociales referidos a los dos anteriores.

No se trata del paso de un tipo societal a otro, sino de la combinación en cada sociedad histórica concreta de la sociedad industrial de Estado nacional con un tipo societal que podemos denominar post-industrial globalizado, estructurado en torno al consumo y la comunicación y cuyos actores principales son los públicos, los poderes fácticos y los actores identitarios. Es decir, en grados y formas diferentes, las sociedades latinoamericanas dejan de ser exclusivamente una vertiente histórico-cultural particular de la sociedad industrial de Estado nacional y pasan a ser una combinación también histórico cultural específica y original de aquella con la dimensión post-industrial globalizada. Esta transformación redefine el rol de la política y los Estados, los actores centrales del cambio social y el concepto mismo de desarrollo. Y ello tiene como veremos importantes efectos en la cuestión democrática del futuro en nuestro continente.

Tercero, es necesario enfatizar la autonomía de los procesos sociales respecto de su "base estructural". La tarea de las ciencias sociales no es hacer una "historia natural" de las estructuras sociales y sus dinámicas, sino de comprender su sentido. Y ello no puede hacerse sin introducir el concepto

de actor o sujeto social. Todo el problema de la sociología y la ciencia política radica en describir cómo una situación material o categoría estructurales se transforman en actor-sujeto y cómo los actores se constituyen e interactúan dentro de un contexto-histórico e institucional que ellos mismos contribuyen a producir y reproducir. De ahí que la sociedad no se defina a partir de una estructura o de un sistema de valores, sino de la particular configuración de las relaciones en cada sociedad entre a) Estado, b) régimen y partidos políticos, y c) sociedad civil o base social.

Cuarto, esta relación históricamente acotada es lo que permite hablar de una matriz de constitución de los sujetos-actores sociales propia de cada sociedad o matriz socio-política. El concepto de matriz socio-política o matriz de constitución de la sociedad, alude a la relación entre Estado, o momento de la unidad y dirección de la sociedad; sistema de representación o estructura político-partidaria, que es el momento de agregación de demandas globales y de reivindicaciones políticas de los sujetos y actores sociales: y la base socio-económica y cultural de éstos, que constituye el momento de participación y diversidad de la sociedad civil.

Quinto, la idea de una matriz socio-política descansa en el concepto de actor-sujeto (cuyos dos componentes usamos indistintamente), es decir, portadores de acción individual o colectiva que apelan a principios de estructuración, conservación o cambio de la sociedad, que tienen una cierta densidad histórica, que se involucran en los proyectos y contraproyectos y en los que hay una tensión nunca resuelta entre sujeto, o principio constitutivo de la acción histórica, y el actor que lo invoca.

Sexto, el sentido de las luchas y más en general de la acción social de los actores no está dado unívocamente por la lucha contra "la" dominación o por un tipo de sociedad determinado ideológicamente fuera de sus propias orientaciones. La autonomización e interrelación de diversas dimensiones sociales que antes aparecía subsumidas principalmente en la economía y la política, dan origen a diversos conflictos y luchas y movimientos sociales y, por lo tanto, a diversas finalidades de tales luchas, así como a diversos principios utópicos. El sistema de dominación de una sociedad, mejor sería hablar de los sistemas de dominación, resultan de una combinación de diversos ejes o siste-

mas de acción y no del reflejo de uno solo de ellos, aun cuando pueda haber uno o más dominantes. En cada eje o sistema de dominación en una sociedad concreta hay un enfrentamiento en torno a los principios e instrumentos que definen su orientación y destino. De modo que no hay un solo sujeto de la acción histórica, sino varios, aun cuando en momentos de condensación de la problemática histórica de la sociedad en uno de los principios o eje de dominación, pueda haber un actor-sujeto privilegiado, pero lo será siempre en términos restringidos a esa lucha o conflicto preciso. Desaparece en esta orientación la utopía como arquitectura de un tipo de sociedad en la que termina la historia (sociedad moderna, o democrática o socialista), para dar paso a utopías parciales que apuntan a la realización provisoria sólo de algunos de los principios que definen una sociedad. No hay sociedad ideal a la vuelta de la esquina, hay siempre lucha y proceso.

Séptimo, al referirnos a procesos políticos de lucha y cambio social, el tema de los actores sociales se recubre con el de los Movimientos Sociales, definidos como acciones colectivas con alguna estabilidad en el tiempo y algún nivel de organización, orientadas al cambio o conservación de la sociedad de alguna esfera de ella. La idea de movimiento social tiende a oscilar entre dos polos teóricos. Uno es la visión de una acción colectiva que responde a tensiones o contradicciones específicas y que se orienta a resolver esa contradicción específica. El otro es la visión del movimiento social como portador del sentido de la historia y la encarnación y agente fundamental del cambio social. Ambos polos pueden ser vistos como dos dimensiones de los movimientos sociales. Por un lado, el Movimiento Social (MS, mayúsculas, singular) orientado hacia la "problemática socio-histórica" de una determinada sociedad y definiendo su conflicto central. Por otro lado, movimientos sociales, que son actores concretos orientados hacia metas específicas y con relaciones problemáticas, que se definen en cada sociedad y momento con el MS. Al analizar procesos políticos, hay que recordar que los movimientos sociales son un tipo de acción colectiva y no el único, que deben ser distinguidos al menos de otras dos formas de acción colectiva importantes en los procesos de cambio de régimen, como son las demandas y las movilizaciones, y que algunos períodos históricos pueden estar caracterizados por la ausencia de movimientos sociales.

MANUEL ANTONIO GARRETÓN

Octavo, el modelo o sistema político de una sociedad, está compuesto por el Estado, las relaciones y mediaciones institucionales entre Estado y Sociedad, es decir, el régimen político, los actores-sujetos que intervienen en lo político a nombre de proyectos sociales que apuntan a la problemática histórico-estructural (lo que algunos llaman la historicidad) de cada sociedad, y la cultura política o estilo particular de relaciones entre estos elementos. El régimen político en esta conceptualización es la mediación institucional entre estos tres componentes, llamado a resolver los problemas de quién y cómo se gobierna, la definición de ciudadanía (relación de la gente con el Estado) y la forma cómo se institucionalizan las demandas y conflictos sociales.

La democracia es, en sentido estricto, nada más ni nada menos que un régimen político caracterizado por ciertos principios o ethos y determinados mecanismos: soberanía popular, derechos humanos universales garantizados por un Estado de derecho, sufragio universal para la libre elección de gobernantes, pluralismo político, cuya principal aunque no única expresión son los partidos, principio de alternancia en el poder, respeto de mayorías y minorías. Ello significa que la democracia es siempre una tensión en una sociedad dada entre principios éticos e instituciones creadas para encarnarlos y que, por lo tanto, no tiene sentido hablar de definiciones minimalistas o maximalistas de ella².

Noveno, un modelo de desarrollo es mucho más que un modo de producción, como el industrial, o de acumulación, como el capitalismo, ni se identifica con un determinado instrumento como el mercado o el Estado o una determinada estrategia como puede ser la economía abierta; sino que implica la particular combinación de todos estos elementos en un determinado contexto histórico.

Décimo, entendemos por modernidad el principio de afirmación de la capacidad de acción histórica de sujetos individuales y colectivos, no identifi-

2 Una crítica a la «definición minimalista o procedural» de democracia, en Guillermo O'Donnell, *Democratic theory and comparative politics* (paper, Notre Dame, July 1999).

cada a ningún modelo particular de organización o modernización. La modernidad es el modo como una sociedad constituye sus sujetos individuales y colectivos. La ausencia de modernidad es la ausencia de sujetos. Es necesario recordar que sociológicamente no se puede hablar de "la" modernidad, sino que hay que hablar de "las" modernidades. Cada sociedad tiene su propia modernidad. Los diferentes modelos de modernidad son siempre una combinación problemática entre la racionalidad científica-tecnológica, la dimensión expresiva y subjetiva (afectos, emociones, pulsiones), las identidades y la memoria histórica colectiva.

En el marco de las orientaciones conceptuales señaladas, intentaremos mostrar los diferentes elementos que permiten hablar de una nueva problemática de la sociedad y de la acción social en América latina.

La nueva problemática latinoamericana³

A la dificultad habitual de analizar América latina en cuanto unidad, se agrega hoy otra complejidad. Ya no basta con especificar una situación determinada y ver como varía en los distintos países, generalmente estableciendo tipologías. Hoy no estamos más, y quizás no estaremos nunca más, en condiciones de definir "una" problemática latinoamericana, como lo estábamos cuando hablábamos del "desarrollo", de la "revolución", de la "dependencia", de la "modernización" o de la "democratización". De una cierta manera el concepto de "problemática" remitía el conjunto de las situaciones a las cuales las sociedades estaban enfrentadas, a una situación central. Esto permitía resolver el problema de la diversidad regional: se consideraba que todas las sociedades latinoamericanas tenían la misma problemática, pero que variaban en grados, efectos y formas de resolverla.

3 Utilizo en las páginas que siguen mi artículo *Democratización, desarrollo, modernidad ¿Una nueva problemática para América latina?* (Revista Paraguaya de Sociología, Año 31, N°91, Septiembre-Diciembre 1994).

Hoy se desarrollan diversos procesos fundamentales ligados entre ellos pero cuya relación no es ni la de necesidad ni la de una causalidad esencial. Esta relación es empírica, histórica, y puede establecerse teóricamente, si se evita el determinismo abstracto o el reduccionismo esencialista. Es decir, si se considera que cada uno de estos procesos tiene su propia dinámica, sus propios actores, y que la relación entre ellos y sus resultados no está inscrita en un guión de manera invariable. Ya no existe un paradigma único de relación o determinación como lo pretendía el análisis social en décadas pasadas.

Si se toma la literatura de las ciencias sociales de los diez últimos años, se puede constatar que generalmente -a excepción de los trabajos que se colocan teóricamente en la etapa precedente y tratan de hacer una teoría general- se trata de estudios que se refieren a cuatro procesos diferentes. Muchos tratan de establecer relaciones entre ellos, pero en general los cuerpos de literatura han creado teorías de alcance medio sobre uno u otro de estos procesos⁴. La construcción democrática, la re-definición del modelo de desarrollo y de inserción internacional, la integración social, y la búsqueda de la modernidad latinoamericana, constituyen los procesos de base que definen, sin reduccionismos entre ellos y con las diferencias para cada uno según los países, la, o más bien, las problemáticas actuales del continente.

4 Sobre la problemática general de América latina en los noventa, ver J.L. REYNA (comp) *América latina a fines de siglo* (Fondo de Cultura Económica 1995) y R H. SMITH, *Latín America in comparative perspective. New approaches to methods and analysis* (Westview Press, Boulder, Colorado, 1995). Desde otra perspectiva, Raquel SOSA, *América Latina y el Caribe, Perspectivas de su reconstrucción* (ALAS, UNAM, México, 1996). Uno de los trabajos más notables en el intento de saltarse paradigmas deterministas y, mostrar al mismo tiempo tendencias generales de lo que podría llamarse el modelo socio-político latinoamericano, es A. TOURAINE, *Política y sociedad en América Latina* (Espasa, España, 1989).

La democratización política

El primer proceso es el de la construcción de la democracia política, a la que nos referiremos en la segunda parte de este libro. Sin negar la existencia de problemas pendientes derivados de la transición y consolidación democráticas, nos parece que es en la profundización, la relevancia y la calidad del régimen en donde se juega el destino democrático de las sociedades latinoamericanas. Serán estos los desafíos que definirán la estabilidad de los regímenes y las posibilidades de regresos de nuevas olas de autoritarismo.

La democratización social

El segundo proceso es el de la democratización social, que no hay que confundir con la democratización política y que en nuestro continente constituye el principio ético de esta última.

Tres puntos diferentes están en juego aquí, a los que nos referiremos reiteradamente en este libro. El problema de la exclusión y de la cohesión sociales. El fenómeno de la expansión de la ciudadanía. Y, finalmente, el tema de la participación.

Los fenómenos de cohesión o de integración social, tienden hoy a ser re-definidos a partir del nuevo carácter de la exclusión. En efecto, la exclusión/integración, fragmentación/cohesión, han constituido problemáticas no solamente importantes, sino también fundacionales de las nacionalidades, de las identidades y del principio de estaticidad en las sociedades latinoamericanas. Hoy, cuando se hace alusión a la exclusión, se hace referencia al sector, a veces mayoritario, a veces la mitad, a veces un tercio de la población, constituido por personas que se quedan prácticamente afuera de la sociedad, sólo sobreviviendo y reproduciéndose. Los que están "fuera" tienen como características que no están necesariamente en una relación de explotación o de necesidad con los que están "adentro". Todas las categorías sociales, que eran generadoras de identidad, están atravesadas por el fenómeno de la exclusión, y esto vuelve más difícil la acción colectiva, siendo una de las razones

por las cuales puede explicarse su debilidad en América latina. Por otro lado, la integración de sectores excluidos, millones en diferentes países, no parece poder hacerse en el cuadro de los modelos de desarrollo actuales.

El segundo fenómeno está relacionado con el tema de la expansión y estrechamiento de la ciudadanía. Se trata de un fenómeno con diversas dimensiones. Parece haber una explosión del concepto de "polis" territorial, el espacio clásico de la ciudadanía. Esta ha sido siempre la exigencia y el reconocimiento de un sujeto de derechos frente a un poder. Ello fue identificado inicialmente como los derechos cívicos y luego con el derecho de pertenecer a la "polis", para extenderse más tarde a los derechos económicos y sociales. Hoy, las relaciones de género, los medios de comunicación, el medio ambiente, los sistemas locales y transnacionales, etc, constituyen también campos en donde hay poderes a los que oponerse y derechos que reivindicar. Esto quiere decir que constituyen espacios de ciudadanía. Las personas quieren ser ciudadanos, no solamente para tener acceso a la justicia, un salario mínimo, derechos sociales y derechos políticos. Sin embargo estos nuevos campos no son reconocidos por las instituciones políticas, y evidentemente esto no es un problema solamente de América latina. Por lo tanto, por un lado el concepto de ciudadanía estalla y se amplía, por otro tiene que hacer frente a nuevas exclusiones.

Una tercera dimensión del fenómeno de democratización social es el fenómeno de la participación, que remite al mismo tiempo a las cuestiones de la democracia local. Pero la participación ha sido definida tradicionalmente en América latina, por una parte, como "acceso a" y por otra como movilización. Hoy es definida en términos de acceso y de calidad, y en términos de representación más que de movilización. En el ámbito de la salud, la educación, el trabajo, la información y la toma de decisiones, por no citar sino algunos ejemplos, la cuestión del acceso va aparejada con una demanda diversificada de calidad en cada ámbito. Lo que hace que la equidad no se mida más solamente por el acceso a un servicio sino por una calidad del mismo nivel pero de contenido diferente para cada categoría social. Esto hace que la tarea del Estado y la formulación de las políticas públicas sean más complejas.

El modelo de desarrollo

El tercer proceso es el cambio del modelo de desarrollo⁵. Aquí la cuestión es doble. Por un lado, se trata del paso del desarrollo llamado "hacia dentro" a una nueva forma de inserción en la economía internacional. Por otro lado, se trata de nuevas relaciones entre el Estado, que tiende a perder su rol hegemónico como agente de desarrollo y a compartir este rol con el mercado, y el sector privado en donde los empresarios están atravesados por su inserción competitiva individual y su papel no asumido de ser una de las élites dirigentes de cada país.

Sería un error pensar que todo se reduce a fórmulas y mecanismos de acumulación. Estos no definen por sí mismos un modelo de desarrollo y son apenas uno de sus componentes. Las experiencias asiáticas recientes muestran cuánto pueden diferenciarse entre ellos los modelos de desarrollo de economía de mercado abierta, incluso si todos son del tipo capitalista. Lo que queremos subrayar es que se está lejos en América latina de haber redefinido un modelo de desarrollo y se está aún en la ruptura con el antiguo, incluso en los países que parecen más avanzados en este sentido.

El pensamiento y la práctica neoliberal han identificado las privatizaciones, y más ampliamente el ajuste estructural, con un modelo de largo aliento. Sin embargo, resulta que estos pensamientos y prácticas se agotaron completamente en todas partes en el mundo, y sólo quedan algunos fanáticos que creen en ellos. Esto no quiere decir que el ajuste no hubiera sido estrictamente necesario en tanto momento de reestructuración económica pero sobre todo de ruptura con el modelo de desarrollo clásico de América

5 Sobre las transformaciones económicas, C. Acuña, W. Smith & E. Gamarra. eds. *Latín American political economy in the age of neo-liberal reform* (Transaction Publishers, 1994); Ricardo Ffrench-Davis, *Macroeconomía, comercio y finanzas para reformar las reformas en América Latina* (CEPAL-McGraw Hill, Santiago, 2000). CEPAL, *Transformación productiva con equidad un enfoque integrado* (CEPAL-Santiago, 1992).

latina en este siglo. Los ajustes estructurales resolvieron algunos problemas de corto plazo y agravaron otros, prepararon el terreno para un nuevo modelo de desarrollo en el largo plazo, y contribuyeron a autonomizar la economía de la política. Pero siempre estas medidas fueron postuladas e impuestas ideológicamente como modelos definitivos y, en todos los países, han significado un aumento de la pobreza y un aumento de las desigualdades, lo que es el punto clave de un modelo de desarrollo a largo plazo. Las nuevas fórmulas de relación entre el Estado, la política y la economía, por lo tanto entre sus actores sociales y políticos, están lejos aún de haber sido definidas.

El modelo de modernidad

El cuarto proceso consiste en lo que podríamos designar como la definición, debate o disputa, en torno al modelo de modernidad.

Los cambios socio-económicos de los que se ha hablado, han hecho que la forma particular de la modernidad latinoamericana haya entrado en crisis y que nuevos modelos se confronten⁶. La identificación del ajuste estructural y los mecanismos de mercado con un modelo de sociedad, que reposa sobre la base de identificar a la modernidad con un tipo histórico de modernización y de reducir la sociedad a la economía, es uno de los proyectos históricos que se les propone a estos países. Está condenado al fracaso, salvo para algunas élites, puesto que no toma en cuenta los aspectos de la identidad y de

6 J. Beriain comp. *Las consecuencias perversas de la modernidad* (Anthropos, España, 1996); A. Touraine, *Crítica de la modernidad* (Taurus, España 1993). Sobre América Latina, "Identidad y modernidad en América Latina" (Revista Persona y Sociedad, Vol. N° 1, Abril de 1996). Néstor García Canclini, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. (Editorial Grijalbo, 1980). La perspectiva más católica, Pedro Morandé, *Cultura y modernización en América latina, Ensayo Sociológico acerca de la Crisis del Desarrollismo y de su Superación* (Cuadernos del Instituto de Sociología, Editorial Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 1984).

la memoria colectiva y también porque excluye a la mayoría de las personas y carece de actores sociales nacionales que lo lleven a término.

Una visión alternativa a ésta la representa un nuevo tipo de integrista católico. Aquí se le opone a la modernidad racionalista occidental un sujeto esencial de la identidad latinoamericana, el pueblo cristiano, representado por la Iglesia, que habría sido fundado en el momento de la conquista y de la evangelización. Es comprensible que este pensamiento cercano al del papa Juan Pablo II pueda tener una cierta legitimidad social puesto que desarrolla una perspectiva socio-económica progresista cerca de los excluidos y, a veces, es la única en denunciar el materialismo y las desigualdades, incluso la inmoralidad, de la economía capitalista o de mercado. Pero hay aquí, por otro lado, una posición profundamente reaccionaria respecto de lo socio-cultural, y una cierta fobia anti-racionalista y anti-libertaria.

En términos generales, se tiende a reducir la modernidad, es decir, la formación de sujetos capaces de construir su historia, sea a su versión racionalista-tecnológica, identificándola al modelo de modernización de ciertos países occidentales, sea a una identidad esencialista y meta-social que impide constituir verdaderos sujetos. Entre estos dos polos hay una amplia gama de soluciones parciales, entre las cuales el modelo mediático de cultura de masas o el regreso a la identidad originaria o a la comunidad particularista, dan testimonio de que se asiste a un debate a veces abierto, a veces oculto, acerca de los modelos no sólo teóricos sino prácticos de modernidad.

La dimensión geo-cultural

Y si a estos cuatro procesos se le agrega un fenómeno mundial, el de la globalización, nos situamos aún más ante una nueva situación. El mundo que se dividía geopolíticamente -es decir por el control militar de un espacio territorial- ha cambiado. Hoy el espacio y el poder se definen menos por la territorialidad, es decir por aquello que le daba un rol central a la dimensión político-militar, que por la dimensión comunicacional. Y los modelos de apropiación del espacio comunicacional, son modelos de creatividad, de innovación, de

conocimiento y de subjetivación. El espacio cultural del siglo XXI estará dominado por los que propondrán modelos de creatividad, o de modernidad, capaces de combinar a la vez la racionalidad científico-tecnológica, la racionalidad expresivo-comunicativa, la memoria histórica y la diversidad de identidades. Los que no lleguen a combinar estos tres elementos, no tendrán lugar en el mundo del mañana⁷.

El cambio de matriz socio-política

La matriz socio-política latinoamericana, que hemos definido en otros trabajos como "clásica" o "político-céntrica", designada por otros como "Estado-céntrica" y cuya denominación "político-estatal y nacional-popular"⁸ parece la más adecuada, y que prevaleció desde los años treinta hasta los setenta, se configuró a través de diferentes procesos de desarrollo, modernización, integración social y autonomía nacional⁹. Cada acción social estaba cruzada por estas cuatro dimensiones y los diferentes conflictos reflejaban la fusión entre estos fenómenos. La base económica era un modelo de desarrollo "hacia dentro", caracterizado por la industrialización sustitutiva de importa-

7 M. A. Garretón, coord. *América Latina: un espacio cultural en el mundo globalizado* (Convenio Andrés Bello, Bogotá 1999); R. Bayardo y Mónica Lacarrieu, *La dinámica global/local. Cultura y comunicación: nuevos desafíos* (Ediciones Ciccus/La Crujía, Buenos Aires, 1999)

8 El término nacional-popular viene de G. Germani, *Política y Sociedad en una época de transición. De la Sociedad Tradicional a la Sociedad de Masas* (Buenos Aires, Editorial Paidós, 1965) y es retomado por A. Touraine en *América Latina, Política y Sociedad*, opxit., la concepción de matriz Estado céntrica en M. Cavarozzi, *El capitalismo político tardío y su crisis en América Latina* (Homo Sapiens Ediciones, Argentina, 1996)

9 A. Touraine, *Política y sociedad...* op. cit., M. Cavarozzi, *El capitalismo político tardío...*, Nuria Cunill, *Repensando lo público a través de la sociedad. Nuevas formas de gestión pública y representación social*. (Nueva Sociedad, Caracas, 1997)

POLÍTICA Y SOCIEDAD ENTRE DOS ÉPOCAS

ciones con un importante rol del Estado. El modelo político era el del "Estado de compromiso"¹⁰, representado por diferentes tipos de populismos, independientemente de los regímenes políticos. La referencia cultural era un proyecto nacional de base popular y una visión de cambio social global radical que daba a la acción política un sello revolucionario.

La característica principal de estas matrices socio políticas clásicas, variando de país en país, era la débil autonomía de cada uno de sus componentes, el Estado, los partidos políticos y los actores sociales, y la tendencia a la fusión entre dos o tres de ellos, con una subordinación o una supresión de los otros. La combinación particular dependía de factores históricos y variaba de país a país. En la mayoría de los casos, la forma privilegiada de la acción colectiva era la política, y la parte más débil de la matriz eran las relaciones institucionales entre sus componentes, es decir, el régimen político, independientemente de su naturaleza (democrática o autoritaria).

Los regímenes militares de nuevo tipo que comenzaron durante los años sesenta y el proceso de globalización con sus consecuencias económicas, desencadenaron la crisis de esta matriz y su descomposición o desarticulación. Esto no quiere decir que en la región se haya construido una nueva matriz, sino que existen diferentes procesos incluyendo la descomposición, la sobrevivencia de nuevos elementos, e intentos de recrear la misma matriz o la construcción de nuevas.

Estos procesos se orientan hacia cuatro posibilidades diferentes. La primera es la de la descomposición, sin un nuevo modelo de acción social. La segunda es la regresión a la matriz clásica. La tercera es la de la construcción de una matriz nueva caracterizada por la autonomía, el refuerzo y la

10 Diferentes autores han utilizado este concepto para referirse a la idea de una situación en donde no hay más hegemonía absoluta de un sector social al interior del Estado, como era en la época oligárquica, sino acomodaciones inestables, por supuesto asimétricas, entre los sectores incluidos: diversas fracciones de la burguesía, capas medias y trabajadores industriales. Ver F. Weffort, *Clases populares y desenvolvimiento social* (Upes, manuscrito, 1968).

complementariedad de cada uno de sus componentes. La cuarta, quizás la más probable, es la yuxtaposición de estos diferentes esquemas. Los resultados de estas combinaciones serán diversos según cada país y es difícil predecir el fin de este proceso. Lo que parece relativamente claro es que el cuadro institucional será formalmente democrático, aún cuando esté lejos de ser evidente cual será la forma de esta democracia y, cómo veremos más adelante, hasta qué punto podrá reemplazar los poderes de facto existentes.

La transformación de la matriz socio-política latinoamericana ha traído un cambio significativo en la naturaleza de los actores y de los movimientos sociales en América latina.

Actores y movimientos sociales¹¹

Asociado a la matriz socio-política clásica hubo un tipo de acción social que podría caracterizarse como un movimiento social central, esto quiere decir que definía un conflicto central y se orientaba hacia el cambio social global: el Movimiento Nacional Popular. Los movimientos sociales históricos formaban parte de este movimiento central, a pesar de sus particularidades. Esto quiere decir que cada movimiento social concreto particular era a la vez modernizador, desarrollista, nacionalista, estaba orientado hacia el cambio global y hacía referencia al "pueblo" como el único sujeto de la historia¹². De manera general, el movimiento social emblemático era el movimiento obrero, más bien a causa de su significación simbólica que a causa de su fuerza estructural. Sin embargo, en diversos momentos este liderazgo fue cuestionado por la idea que los trabajadores urbanos forzados a hacer compromisos, habían perdido su impulso revolucionario. En consecuencia, otros movimientos, como los

11 Retomo aquí elementos de mi artículo *Social Movements and process of democratisation. A generalframework*, (Revue Internationale de Sociologie, vol 6, N°1 1996).

12 A. Touraine, *Política y sociedad...*op.cit.

POLÍTICA Y SOCIEDAD ENTRE DOS ÉPOCAS

campesinos o los estudiantes o incluso los partidos revolucionarios, se veían llamados a asumir ese liderazgo.

Las principales características de este movimiento social central, compuesto por los diferentes actores y movimientos concretos -y nos referimos aquí principalmente a los sectores urbanos- eran, por una parte, la combinación de una muy fuerte dimensión simbólica que pedía un cambio social global y de una dimensión de demandas muy concretas y particularistas; y, por otra, la referencia al Estado como interlocutor para las demandas así como lugar para tomar el poder para cambiar la sociedad. En consecuencia, la debilidad estructural de clases como base para los movimientos sociales era compensada por su fuerza de atracción a nivel de la movilización ideológica y política a la vez integradora y revolucionaria.

Los autoritarismos militares, los ajustes estructurales, y las transformaciones ya mencionadas, es decir, la descomposición de la matriz socio-política clásica, implicaron profundas consecuencias para los actores y los movimientos sociales.

Bajo las dictaduras militares la acción social se ve cruzada por sentidos entrelazados. El primero es la reconstrucción del "tejido" social destruido por el autoritarismo y las reformas económicas. El segundo es la politización de todas las demandas, en la medida que cada acción tiene por sentido el fin de los regímenes autoritarios. Así, la referencia al Estado y la relación con la política cambia dramáticamente para los movimientos sociales, que se vuelven más autónomos, más simbólicos y más orientados hacia una búsqueda de sus propias identidades, más que hacia la instrumentalidad o hacia las demandas concretas. La auto defensa y la sobrevivencia, en un comienzo, la oposición a las transformaciones sociales autoritarias, después, y la orientación hacia fórmulas político-institucionales de transición, finalmente, marcan la evolución de la acción colectiva durante estos regímenes.

El intento de los regímenes autoritarios de cambiar el papel del Estado, y los cambios de la economía y de la sociedad a que nos hemos referido, incluso en los países que no vivieron esta nueva ola de autoritarismo, transformaron los espacios de constitución de los movimientos sociales, principalmente debilitando su posición estructural e institucional a causa de la represión, de

la marginalidad y de la informalización de la economía. Más que movimientos organizados, la principal acción colectiva durante los regímenes militares fue la movilización social de carácter simbólico.

Se puede decir que es el movimiento democrático que toma el relevo, es decir un movimiento social central que por primera vez no está orientado hacia el cambio social global y radical, sino más bien exclusivamente hacia el cambio de los regímenes políticos. El fin de los regímenes autoritarios y la instalación de la democracia, se transformaron en el principal objetivo de la acción colectiva. Con este cambio el movimiento social central ganó en términos instrumentales, pero, como contra partida, las demandas particulares comenzaron a subordinarse a objetivos políticos. Al mismo tiempo, esto le dio a los actores políticos el rol conductor.

Las negociaciones y las concertaciones a nivel de las élites, reemplazaron las movilizaciones sociales durante la transición democrática y los procesos de consolidación. En este sentido, el proceso de democratización política tiende a dividir cada acción colectiva en dos lógicas que penetran todos los movimientos sociales. Una es la lógica política orientada hacia el establecimiento de una democracia consolidada como una condición para otro tipo de demandas. Otra es la lógica particular de cada movimiento social orientado hacia la obtención de reivindicaciones concretas en el proceso de democratización social, como condición para apoyar activamente el nuevo régimen democrático.

La existencia de enclaves autoritarios, a los que nos referiremos en otro capítulo, después de la inauguración de regímenes democráticos mantuvo la importancia de los movimientos de Derechos Humanos en el comienzo de las nuevas democracias. Sin embargo, los riesgos de una regresión autoritaria y las negociaciones alrededor de otras herencias de los autoritarismos (institucionales, militares) dieron a los actores políticos, en los gobiernos y en las oposiciones, el papel principal en la acción social, subordinando los principios de acción de los otros actores a sus propias lógicas. Al mismo tiempo, la demanda de estabilidad económica, ligada en ciertos casos a los procesos de consolidación democrática, privilegió las exigencias del ajuste económico desalentando la acción colectiva que se pensaba podría poner en riesgo estos procesos. El resultado fue una cierta desactivación de los movimientos sociales y el hecho que el único objetivo

POLÍTICA Y SOCIEDAD ENTRE DOS ÉPOCAS

importante haya sido el de establecer regímenes democráticos o de adaptarse y defenderse en varias ocasiones del ajuste estructural, dejó a los movimientos sociales sin un principio central para el futuro.

Es así como la pregunta que se puede formular es la de saber si después del movimiento nacional popular y después del movimiento democrático que lo reemplazó, habrá en América latina un nuevo movimiento social central que dé sentido al conjunto de los movimientos sociales particulares.

Existen al menos tres problemas que hacen de la emergencia de un nuevo movimiento social central algo difícil.

En primer lugar, ya hemos evocado el aumento de la pobreza y el nuevo tipo de exclusión. Esto significa que la gran contradicción que existe en estos países es entre los que están "dentro" del sistema socio-económico y político, indiferentemente de su posición relativa al interior de éste, y quienes están "fuera" de este sistema. Esta segmentación penetra, como lo hemos señalado anteriormente, en proporciones diferentes, cada categoría, actor o acción social, haciendo más difícil la acción colectiva organizada. Por otra parte, esto significa también que el modelo de modernidad que se impone es cuestionado, no sólo por los marginales, cuyos intereses además de la inclusión son muy contradictorios, pero también por quienes participan subordinadamente en el sistema. El mundo rural, indígena, el sector informalizado y de desempleo o empleo precario son ejemplos de los de "afuera", incluso si en términos culturales están integrados por los medios de comunicación. Las mujeres, los jóvenes, y especialmente los trabajadores son ejemplos de categorías penetradas por las contradicciones "dentro-fuera". En términos sociológicos, no hay real conflicto entre los que están en el sistema y los que no están, sino sólo entre los que están dentro en torno al modelo de desarrollo. Los que están fuera del sistema son vistos como innecesarios y parecen sobrar. Y no hay actualmente, como había durante los años sesenta, modelo ideológico revolucionario concebible que los tome en cuenta, a excepción, quizás, de los llamados a fundamentalismos desesperados. Pero estos son débiles en América latina.

En segundo lugar, la descomposición y la reconstrucción de una matriz socio-política, después de la desarticulación de la matriz político-estatal y nacional-popular, crea una nueva dificultad para la aparición de un movimiento

social central. En efecto, la vieja matriz tenía la ventaja de fusionar los diferentes problemas y dimensiones de la sociedad. La nueva matriz emergente, si puede consolidarse, tendrá sus componentes diferenciados, con más autonomía, tensión e interacción entre ellos. Esto quiere decir que el rol de la política será diferente y que no se sabe aún qué reemplazará al Estado, el sistema de partidos o el movimiento populista, en la constitución de actores y movimientos sociales. Lo que parece más probable es que cada esfera de la sociedad se separe y, con sus propias contradicciones, dé lugar a una acción colectiva heterogénea, con pocos principios comunes. Por lo tanto, al mismo tiempo que se enriquecen la diversidad y las identidades sociales, se debilitan los vínculos simbólicos y orgánicos que podrían unificar esta diversidad en un nuevo movimiento social central.

En tercer lugar, más allá de las democratizaciones políticas, existen cambios culturales que van a influenciar las características de un posible movimiento social central y de los movimientos sociales particulares. En la matriz socio-política clásica, las luchas y conflictos estaban orientados principalmente, como lo hemos señalado, por principios y objetivos igualitarios, libertarios y nacionalistas. Estos principios eran recogidos por las diversas tendencias y movimientos de tipo anti-capitalista, anti-oligárquico, democrático, anti-imperialistas o nacionalista. El movimiento nacional popular incluía estas tres dimensiones o principios y que la política era la esfera principal de la acción social. Estos principios y luchas siguen sin ser satisfechos y estimulan aún numerosas acciones colectivas. Pero cada uno de los principios mencionados anteriormente se ha vuelto más técnico, autónomo y complejo. Es así como las viejas formas de organización tales como los sindicatos o los partidos o el corporatismo tienden a volverse inadecuados y no pueden encontrar una fórmula única para todas estas dimensiones en la política clásica. Incluso a veces, la realización de algunos progresos en una de estas dimensiones ha ido acompañado más bien por severas regresiones en las otras.

Por otro lado, los cambios en la sociedad civil han traído nuevos tipos de demandas y de principios de acción que no podían expresarse a través de las antiguas luchas por la igualdad, la libertad y la independencia nacional. Los nuevos temas de la vida cotidiana, a las relaciones interpersonales, a las realizaciones personales y de grupo, a las aspiraciones por el reconocimiento

social, al sentido de pertenencia o a identidades sociales, y que se refieren al modelo de modernidad que está en juego, pertenecen más bien a la dimensión de la búsqueda de la felicidad o de la subjetivación, y no pueden ser reemplazados o representados por los antiguos principios y mecanismos de la acción colectiva (sindicatos, partidos, etc.). Tampoco se trata de asuntos privados, sino que se expresan como demandas en la esfera pública. Por supuesto que esta nueva dimensión no reemplaza las anteriores, sino que agrega aún más diversidad y complejidad a la acción social, en la medida, además, que no se dirige a un adversario preciso, como era el caso de las luchas sociales clásicas, y no se apoya solamente en la confrontación, sino también en el acuerdo y la solidaridad.

Lo que puede preverse para el futuro cercano es una variedad de formas de lucha y de movilizaciones, que serán más autónomas, más cortas y menos orientadas por los actores políticos. Probablemente se enmarcarán institucionalmente y se orientarán más hacia reivindicaciones sectoriales, modernizaciones parciales, una democratización y una integración sociales graduales, que hacia cambios globales radicales. Su contenido estará dividido entre las demandas de inclusión y, al mismo tiempo, la búsqueda de un sentido y una identidad propia frente a la universalización de la modernidad que las fuerzas del mercado y sus agentes proponen. En ausencia de satisfacción de estas demandas, es probable que se desarrollen algunas explosiones abruptas y puntuales o la retirada en la apatía o el refugio comunitarista, o la combinación de estas fórmulas, más que la creación de movimientos revolucionarios coherentes y estables.

Consecuencias para el análisis social y político

Lo señalado tiene consecuencias en la manera en que los dentistas sociales estudian los movimientos sociales. Hay que alejarse de dos tentaciones. Una es la de volverse profetas "del" movimiento social central, inventando movimientos sociales concretos que lo constituirían e ignorando el verdadero sentido de su acción. El otro, en ausencia de un movimiento social central, es la de volverse los profetas de una identidad particular, ignorando su significación para la sociedad global. Estos dos tipos opuestos de certezas

sobre los movimientos sociales deberían dar lugar a tentativas más modestas de tratar la ambigüedad de la vida social. Esto significa elaborar nuevas visiones teóricas del cambio social. Esto significa también un esfuerzo de solidaridad y de identificación, simultáneamente con el distanciamiento necesario para la comprensión y la crítica.

Pero, más ampliamente, es todo el análisis social y político el que se ve transtornado por los fenómenos que hemos evocado en este capítulo. Las ciencias sociales han funcionado hasta ahora en América latina, a partir de la idea de una sociedad definida con ciertas fronteras, con un concepto de sociedad global, que tenía uno o dos parámetros, dos o tres estructuras en donde una determinaba a la otra. Esta sociedad evolucionaba en relación a cómo cambiaba este parámetro, lo que se confrontaba fundamentalmente con la historia de las sociedades occidentales. Sea bajo la forma de la teoría de la dependencia, o de la teoría de la modernización, o cualquier otra, se imponía una visión de sociedad que cambia a través de un paradigma evolutivo determinado. Los actores eran actores de un guión acabado, y es así como la mayoría de las veces los temas de investigación eran los obstáculos o las desviaciones, cuando no se encontraban los actores que cumplieran la función que debían cumplir.

Lo que cambia, como lo hemos señalado, es que ninguno de los procesos sociales que hemos indicado es portador de una racionalidad global. Tienen dinámicas, lógicas y actores diferentes. De esta manera, se vuelve indispensable una diversidad teórica y metodológica, para abordar los cuatro focos temáticos, procesos o problemáticas socio-históricas definidos más arriba, y para abordar los actores y movimientos sociales que se identifican con ellos¹³.

13 Ver entre otros, A. Touraine, *Los problemas de una Sociología propia en América Latina*, (En Revista Mexicana de Sociología, Julio-Septiembre 1989, México), R. Briceño y H. Sonntag, eds., *Immanuel Wallerstein, El legado de la sociología. La promesa de la ciencia social* (Nueva Sociedad, Caracas 1999); F. H. Cardoso, *El pensamiento socio-económico latinoamericano. Las últimas cuatro décadas*. (En Nueva Sociedad, N° 139, Septiembre-Octubre 1995). Revista Nueva Sociedad, *América Latina: la visión de los dentistas sociales* (Número 139, Septiembre-Octubre, 1995, págs. 61-164).

POLÍTICA Y SOCIEDAD ENTRE DOS ÉPOCAS

Una nueva problemática latinoamericana exige simultáneamente una reelaboración de las categorías e incluso de la práctica de las ciencias sociales.